



**CONSIDERACIONES ACERCA DE LA INVESTIGACIÓN
EN CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA Y LA
REVOLUCIÓN CIENTÍFICA Y TÉCNICA**

**APROXIMACIÓN AL ENFOQUE TEÓRICO DE
ANTONIO GARCÍA SOBRE AMÉRICA LATINA**

HÉSPER EDUARDO PÉREZ RIVERA*

CUADERNO No. 12

*Profesor titular, maestro universitario, grupo de Estudios Latinoamericanos-CES-, departamento de Sociología

Bogotá, Septiembre de 2005

CUADERNOS DEL CES No. 12

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES EN AMERICA LATINA Y LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA Y TÉCNICA.

APROXIMACIÓN AL ENFOQUE TEÓRICO DE ANTONIO GARCIA SOBRE AMÉRICA LATINA

HÉSPER EDUARDO PÉREZ RIVERA

**Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales CES**

Germán Meléndez Acuña
**Decano
Facultad de ciencias Humanas**

Olga Restrepo Forero
Vicedecana Académica

Zulma Cristina Santos
Vicedecana de Bienestar

Myriam Jimeno Santoyo
Directora
Centro de Estudios Sociales CES

María Elena Perdomo
Coordinadora de Investigación CES

Senayda Roa Perilla
Diseño y Diagramación

Contáctenos

Conmutador: 316 5000 Ext. 18 602 – 18603- 18620 – 18621 Telefax: 3165335

Correo Electrónico: ces_bog@unal.edu.co

<http://www.humanas.unal.edu.co/ces/>

ISSN: 1794-1229

Impreso en Colombia. CES.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA Y LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA Y TÉCNICA

Héspes Eduardo Pérez Rivera

Historiadores, ideólogos y ensayistas predominaron en América Latina hasta la década de los 1940. Pertenecían a una región fundamentalmente rural que exportaba productos primarios y en la que predominaba una cultura refleja acorde con el retraso y dependencia intelectual de los centros avanzados. Se produjo la transición hacia el desarrollo industrial y el crecimiento urbano en el marco convulsionado de la segunda guerra mundial, la subsecuente guerra fría y la acentuación de la penetración del capital extranjero, con un notorio desfase entre los cambios producidos y lo que significaban como problema teórico, técnico e ideológico. La sustitución de importaciones que marcó la etapa de auge de la industrialización demostró en la década de los 1960 las contradicciones que le fueron propias con el agotamiento de sus posibilidades. El desarrollo de las fuerzas productivas no alcanzaba para cubrir la demanda de empleo ni para sustentar la modernización social en el consumo de masas urbanas. Fue así como prosperó el llamado populismo, un camino fracasado para la integración de esas masas urbanas y florecieron los gobiernos autoritarios que, por medios represivos, controlaban la movilización de los sectores populares.

Se hizo evidente entonces la distancia que existía entre, por un lado, las instituciones y las élites políticas e intelectuales y, por el otro, las transformaciones internas. Los cambios habidos no podían ya ser interpretados con las ideologías y concepciones que venían de atrás, de otras circunstancias económicas, sociales y culturales ya superadas por la realidad. La conciencia sobre este hecho llevó a que en varios países latinoamericanos se empezara por donde tocaba, por la formación de personal calificado en las distintas ciencias. Se crearon institutos de investigación y grupos de intelectuales se orientaron hacia la asimilación de las modernas ciencias sociales que prácticamente habían pasado desapercibidas durante muchos años. Debe recordarse que la evolución de la ciencia tiene lugar en directa relación con el desenvolvimiento de los Estados nacionales. En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos, en el Japón, avanza la industria

en la segunda mitad del siglo XX en estrecha vinculación con los laboratorios de investigación pura y de aplicación tecnológica. O sea que el progreso en estos campos no es independiente de las estructuras económicas, sociales y políticas. La investigación básica en la física, la química, la biología, va a estar presente en los procesos de producción, no sólo determinando el aumento de ésta sino disminuyendo el tiempo de trabajo empleado en la elaboración del producto, es decir, aumentando la productividad, elemento clave para la competencia comercial entre los países. La ventaja será para las naciones industrializadas, que pueden disponer de los recursos en las magnitudes que exige la investigación científica. La expansión a escala mundial de la revolución científica y técnica influye, desde luego, en los países latinoamericanos, ampliando la brecha tecnológica que los separa de aquellas naciones, brecha que, por supuesto, no es de ahora sino de siempre. Arranca, como se sabe, desde la Colonia.

Los institutos y centro de investigación —la mayoría de ellos en las universidades estatales— no se desarrollaron suficientemente a causa de la falta de financiación y al escaso interés que, con algunas excepciones, el Estado demostró por su funcionamiento. Algunos perduraron gracias a los dineros de fundaciones extranjeras, sobre todo norteamericanas. Tampoco los departamentos de Sociología, ni los de otras ciencias sociales, recibieron en las universidades públicas el apoyo oficial para programas de investigación de largo alcance. Funcionaron principalmente para la docencia.

En este contexto, no es de extrañar que la consecuencia inicial fuera la de la adopción acrítica de los conceptos, los modelos y aún de las prioridades en la escogencia de los problemas. El paso a la autonomía científica, mediando la enorme brecha que separa Latinoamérica de los países industrializados, demandará muchos años, si se piensa en lo que ella implica en financiación y formación de cuadros a los más altos niveles del conocimiento, cuando se parte de cero en ambos aspectos. Si añadimos los obstáculos culturales propios del atraso de nuestros países y el estancamiento de sus fuerzas producti-

vas, se explica el limitado progreso que podemos registrar hoy en el desarrollo de las ciencias.

El historiador argentino Sergio Bagú, quien escribió en 1949 *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, se refiere en el postfacio que escribió para la segunda edición de 1992, a la evolución de las ciencias sociales en la región. Anota que «Del conjunto de las ciencias sociales, la historia fue la primera disciplina admitida como asignatura en los planes educativos de todos los países... Las otras ciencias sociales tuvieron un desarrollo tardío dentro de la organización educativa latinoamericana: algunas desde la década de 1930 y la mayoría después de 1945». Comenta que la historiografía se «especializó en una temática nacional, con descuido de lo continental y lo internacional».

Dice Bagú que antes de 1949 pocos esfuerzos se habían hecho por «analizar a América Latina como conjunto en el pasado». Cita algunos nombres: Carlos Pereyra³ y Demetrio Ramos Pérez⁴, «desde la óptica de la historia político-institucional»; Roberto S. Simonsen⁵; Ramiro Guerra y Sánchez⁶ y Eric Williams⁷, «quienes introdujeron elementos sociales, económicos y demográficos de primera importancia en sus planteamientos» y Antonio García, cuyo breve ensayo⁸ presentó, quizá por primera vez, un enfoque continental de naturaleza comparativa».

Después de 1949, según Bagú, se expandieron la historia económica y demográfica, en auge por entonces en Europa y los Estados Unidos. El marxismo influyó en la historia económica y social y la escuela de los *Annales* en la historia económica y demográfica. Sin embargo, subraya que el conocimiento amplio de la obra de Marx sólo tuvo lugar después de 1960. En los años sesenta primó más bien la idea de las etapas en la evolución de la humanidad, que ya había sido aplicada en el siglo XIX, pero ahora a partir de versiones elaboradas en los Estados Unidos: el *desarrollismo* en economía y el *estructural-funcionalismo* en sociología. El primero sobre todo con la obra de Rostow, un profesor de Instituto Tecnológico de Massachusetts¹⁰ y el segundo con la teoría parsoniana. En los medios académicos estas tendencias dieron lugar a numerosos trabajos que se cobijaron bajo el nombre de *Teoría de la modernización*.

La sociología aparece en los medios universitarios latinoamericanos en la década de los 1950. Era un campo del saber que apenas llevaba unos pocos años de ejercicio académico. Desde su delimitación por Comte a mediados del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX se cultivó por pensadores provenientes de otras áreas, entre ellos quienes habrían de constituirse posteriormente en los clásicos de la disciplina (Marx, Weber, Durkheim, Parsons). Su institucionalización académica se produce en los Estados Unidos en gran medida gracias a la influencia de Talcott Parsons. Luego, a partir de la terminación de la segunda guerra mundial, esta influencia se expande a Europa y la teoría estructural funcionalista se convertirá en sinónimo de la teoría sociológica. Su imperio llega hasta comienzos de los años 1960, cuando la crítica teórica y trabajos inspirados en Marx y en Weber muestran otras perspectivas de análisis distintas a las parsonianas.

No era fácil, por cierto, para los latinoamericanos que se orientaban hacia la profesión de la sociología en aquellos años sustraerse a la mencionada influencia del estructural funcionalismo. Uno de los fundadores de la sociología académica en América Latina, Gino Germani, se guiaba por esta teoría. La difundió a través de sus escritos y la aplicó a sus investigaciones. Desde la década de los 1940 se proyectó como sociólogo y en la década siguiente dirigiría el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en el que se formaron los primeros sociólogos profesionales argentinos. Aparte de su magisterio en pro de establecer la sociología como una disciplina científica, de sus trabajos sobre teoría y sobre diversos problemas argentinos, construyó un modelo de interpretación del proceso histórico de América Latina, encuadrado dentro de la teoría funcionalista, que denominó «De la sociedad tradicional a la participación total»: seis etapas de transición que cubren desde la independencia hasta mediados del siglo XX. Si bien puede juzgarse lineal y demasiado parecido a la transición europea, este modelo es sin duda el primer intento de aplicar la teoría sociológica a la realidad latinoamericana en su evolución a lo largo del tiempo.

Una perspectiva global y en la larga duración de América Latina como la anterior pero sustentada en la teoría Weberiana fue la que elaboró en los comienzos de los años 1960, otro fundador, el sociólogo español José Medina Echavarría. Fenómenos

económicos sociales y políticos de la historia latinoamericana cobraron una dimensión distinta desde la óptica propia de la sociología. También, como Germani, Medina Echavarría se preocupó por precisar las características científicas de la sociología y escribió un libro al respecto¹¹.

Medina Echavarría trabajó en la Comisión Económica para América Latina -CEPAL-. Allí los economistas construyeron un modelo de desarrollo para América Latina, llamado estructuralista, originado en las ideas del economista argentino Raúl Prebisch. Medina participó, con otros sociólogos, en el diseño de ese modelo, que introducía variables sociales y políticas en el análisis económico y propugnaba por el cambio de estructuras. Fue de decisiva influencia en la orientación de los gobiernos de la época. Y del grupo de sus autores se desprendieron los sociólogos brasileños Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto que, inspirados en Marx y en Weber, elaboran la «teoría de la dependencia», de gran importancia a finales de los años 1960 y el decenio de los setentas.

En estos años iniciales el énfasis apareció puesto, como anota Bagú, en las versiones totales de la evolución histórica de la región. Eran versiones del desarrollo de los países latinoamericanos, inscritas algunas en la línea de investigación sobre el tema fomentada por instituciones internacionales. Se trataba en este caso de atacar un problema candente, el de los movimientos populares y de las vanguardias armadas, que pretendían cambios revolucionarios en el período, propiciando desde arriba las reformas dentro del sistema capitalista imperante. Un programa específico en este sentido fue el de la Alianza para el Progreso del gobierno norteamericano.

Antonio García, el único intelectual colombiano que produjo una obra, por cierto considerable, sobre América Latina, era abogado y economista, pero sus trabajos tienen un indudable fundamento en la sociología. En 1969 publicó un libro¹² en el mismo marco de las versiones totales de la evolución de las naciones latinoamericanas. Apoyado, aunque no explícitamente, en Marx, su enfoque se centra en la diferencia entre atraso y subdesarrollo y la idea de que la salida al atraso es la revolución nacional popular.

No obstante los aportes de estas construcciones

generales, en especial su esfuerzo por comprender la historia latinoamericana con las conceptualizaciones de los autores clásicos de la sociología, no puede decirse que alcanzaran el estatus científico exigible como para constituirlos en modelos teóricos, o tipos ideales, válidos de interpretación. Habría que anotar que no se dieron posteriormente intentos de generalización semejantes, al menos por sociólogos latinoamericanos¹³. Los especialistas en las ciencias sociales se han concentrado predominantemente en el estudio de sus propios países. Es probable que se impusiera una cautela acorde con el incipiente grado de desarrollo de las disciplinas y que se entendiera, en consecuencia, que si bien nuestras sociedades tienen un pasado común, sus evoluciones nacionales son muy dispares y, por lo tanto, se impone lograr un conocimiento empírico mucho más acendrado para lograr elevar esas trayectorias diferentes a generalizaciones válidas. En todo caso lo que prosperó entre los sociólogos fue la investigación de los procesos nacionales y de áreas especializadas a escala latinoamericana. Bagú, en el texto citado, coincide en el punto de vista de la particularidad de la evolución de estos países y cree, por ello, que lo más adecuado para su estudio es el método comparativo; aunque está convencido de que América Latina es «una unidad dentro de la realidad mundial» y su trabajo lo realizó en esa óptica, concluye que «Como el dato histórico disponible... atribuía a la historia de cada región una lógica autónoma, no me pareció que existiera otro camino metodológico que la historia comparada»¹⁴. Coincide con este planteamiento de Bagú la orientación de un libro de historia de América Latina editada por Siglo XXI en 1979, en cuya nota preliminar, en el primer volumen, se explica que las historias nacionales se habían elaborado por separado en razón de que «la estructura de la sociedad y el Estado en cada país presentan características y especificidades que justifican plenamente el análisis histórico de cada uno de ellos».

No fue, sin embargo, el método comparativo la vía principal seguida por los sociólogos latinoamericanos. Como ya se anotó, en mayor grado se aplicaron a desentrañar la realidad de sus respectivos países. Es así como se encuentran innumerables trabajos acerca de los problemas agrarios, urbanos, políticos, sociales, culturales, de cada país. Puede decirse que la sociología ha aportado un tipo de

conocimiento en todos estos campos de gran valor para la comprensión de tales problemas y quizás, ha sido ese conocimiento, en buena parte, útil para reformas adelantadas desde el Estado. Y en la otra dimensión, la de los estudios en campos específicos a escala latinoamericana, que es lo que nos ocupa en este caso, los aportes han sido, sin duda, significativos.

En efecto, grupos de sociólogos, sobre todo brasileros, argentinos, chilenos y mexicanos, produjeron en los años sesentas y setentas del siglo XX, una considerable literatura en diversas áreas. Contaron entonces con institutos de investigación social internacionales (CEPAL, FLACSO, CLACSO) y con vínculos con sus pares de los países avanzados. Realizaron estudios de alcance latinoamericano sobre urbanismo, los empresarios industriales, el Estado nacional, los partidos políticos, el movimiento obrero, los intelectuales, las clases sociales, las élites, los militares, la religión, la reforma agraria, las ideologías, la educación, la ciencia, etc., en fin, sobre prácticamente todos los aspectos que tienen que ver con la estructura y la dinámica de las sociedades.

Es claro que el discurrir de la sociología fue diferente en cada uno de estos campos. En verdad, se dio un gran contraste entre la cantidad y la complejidad de los objetos de estudio y la disponibilidad de recursos humanos y materiales para abordarlos en profundidad y garantizar la continuidad en su tratamiento. Por razones obvias, se privilegió el estudio del desarrollo, con el cual se inicia la participación, ya comentada, en la CEPAL, de los sociólogos latinoamericanos en los años de 1960, encontrándose en este terreno profusión de trabajos y persistencia en su indagación. Las sociedades latinoamericanas no trascendieron, como se pronosticó para algunas de ellas, el subdesarrollo, más bien les sobrevino el estancamiento y aún el retroceso económico en el último cuarto del siglo XX y tuvieron que afrontar serios conflictos sociales y políticos. Valga mencionar tan sólo los que se derivan del acelerado proceso de urbanización sin un paralelo crecimiento del empleo. No es extraño entonces que se le prestara especial atención a las esferas de la industria y el trabajo y la política.

En la década de los 1960 la CEPAL patrocina una serie de investigaciones sobre la industrialización en América Latina. Participan los sociólogos.

Se hacen cargo de investigaciones sobre los empresarios en los distintos países de la región. Se establecieron en estos estudios pioneros características de los empresarios cuantificadas por medio de variables como orígenes nacionales y sociales, educación y carrera ocupacional, funciones y mentalidad, empresarios y sindicatos, empresarios y desarrollo económico.

Por la misma época y en relación con el mismo tema, F.H. Cardoso realizó varios trabajos, entre los cuales podemos citar el de *Las élites empresariales*, en el que analiza dichas élites a partir de la fundación de la repúblicas latinoamericanas hasta la época contemporánea y el de *Las ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)*, en la que el autor establece el vínculo entre los empresarios industriales y la estructura de poder. La clase obrera, su organización y su movilización empieza a estudiarse por los sociólogos del Instituto Torcuato di Tella de Argentina en este mismo período. Le seguirán, hasta el presente, investigaciones diversas; unas continuando el análisis en la larga duración, otras, indagando sobre los procesos a nivel de la empresa.

A partir de esos primeros trabajos esta área no ha dejado de crecer. Se han construido modelos que buscan dar cuenta de este tipo de fenómenos. Recientemente ha empezado a operar una red latinoamericana de postgrados en sociología del trabajo coordinada por CLACSO.

Las primeras investigaciones acerca del Estado se orientaron a precisar su naturaleza. Se elaboraron distintas tipologías que pretenden dar cuenta de los cambios de estructura del Estado a lo largo de los siglos XIX y XX. Las de mayor aceptación son quizás las de *Estado oligárquico*, para el siglo XIX y *Estado populista*, para el siglo XX. Con el resurgimiento de las dictaduras del cono sur se configuró el concepto de *Estado autoritario*. Con todo, a pesar de la importancia que se le reconoce, ha faltado investigación sobre la formación del Estado nacional. El primer trabajo en esta línea fue el de Marcos Kaplan *La formación del Estado nacional en América Latina* (1968), con aportes al conocimiento del tema pero con indudables inconsistencias desde el punto de vista teórico y empírico. Tampoco se ha profundizado lo suficiente en el problema de la nación, la nacionalidad y el nacionalismo. En cambio ha habido numerosos estudios que relacionan el Estado con

otras variables: las élites, las clases sociales, los partidos, la movilización política, las masas marginales, la ciencia, la educación, etc.

Auspiciados por instituciones estatales de los países latinoamericanos grupos de sociólogos han realizado a lo largo de los últimos treinta años diversos estudios en el área de la ciencia y la tecnología. Igualmente han trabajado en el campo de la educación. Modelos y tipologías han sido construídos y utilizadas, en particular en Chile, para estudiar los procesos y las características de las estructuras educativas y de las modalidades pedagógicas en la región. Lo mismo ha pasado en distintas áreas de la cultura, incluyendo las más actuales, como las relativas a los medios de comunicación.

También los economistas han abordado una amplia gama de temas. Hasta la década de los 1970 predominaron los trabajos de inspiración marxista y keynesiana. Luego, ocuparon el primer plano los de inspiración neoliberal, formados en las Universidades de Estados Unidos. Pronto se convirtieron en la élite tecnocrática de los gobiernos. Los pioneros fueron los economistas, llamados los Chicago Boys, que dirigieron la economía chilena bajo Pinochet.

Las actividades que se han reseñado hasta aquí son significativas, sin duda, a escala de la región, pero corresponden a una primera etapa de asentamiento de la investigación científica en América Latina. Como puede observarse, en las teorías aquí comentadas no se incorpora en el análisis la revolución científica y técnica, pese a que cuando fueron elaboradas llevaba ya varios años de evolución en Europa y en los Estados Unidos. Su presencia en América Latina era, por cierto, incipiente, modesta, pero, de todos modos, podía preverse que esa revolución apuntaba hacia una transformación de la sociedad a escala mundial, respecto de la cual no podíamos estar ajenos. Aun más, por la época en que se escribieron esas teorías, varios Estados latinoamericanos estaban creando institutos oficiales para el fomento de la ciencia y la técnica, partiendo de la idea de su crucial importancia para el desarrollo. También en un buen número de universidades nacionales se produjeron reformas en el sentido de adecuar sus estructuras a las exigencias modernas de la investigación, copiando el modelo de las universidades norteamericanas. Y en el caso particular del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, su orientación desde 1969

se fundamentó en una explicación de la naturaleza de la revolución científica y técnica y en la definición del papel del Departamento como un centro de formación de sociólogos capaces de participar con la idoneidad exigible en la nueva era que estaba en marcha.

De los años 70 a finales del siglo, la penetración de las nuevas tecnologías derivadas de la investigación en la ciencia pura ha alcanzado un grado notable en los países latinoamericanos. Es visible que nos encontramos ya en la nueva era, que algunos especialistas califican de "civilización científica" y de "sociedad de la información". Este hecho, que implica transformaciones profundas en las estructuras de las sociedades, se constituye en parte esencial del objeto de estudio de los científicos sociales y les plantea la necesidad de apropiarse los fundamentos de la ciencia y la técnica para poder aportar desde sus disciplinas el conocimiento que de ellos se espera para el desarrollo de sus sociedades. Esos conocimientos son decisivos en el proceso de adecuación cultural que deben sufrir las nuevas técnicas a las condiciones propias de sus países. Por otra parte, las universidades estatales están llamadas, como universidades de la nación, a crear las bases de la investigación científica y técnica al más alto nivel internacional y a formar los cuadros en la ciencia pura y aplicada que demanda el desarrollo nacional.

En relación con los niveles alcanzados por la investigación científica en los distintos países del globo, los indicadores muestran una baja ubicación de los latinoamericanos. Basta citar uno solo de esos indicadores, el de la contribución a la producción y difusión de nuevos conocimientos científicos. En 1973 América Latina contribuía con el 0.97% de la producción científica mundial. Países pequeños como Bélgica o Checoslovaquia, tenían entonces una producción mayor que toda la región en su conjunto. En 1984 la situación es semejante. Se produjo el 1.14% del total de artículos científicos publicados en el mundo. Lo escaso de los resultados en investigación se puede subrayar señalando que en 1982, cuando todos los países de América Latina en su conjunto produjeron un total de 3.412 artículos científicos, en el mismo lapso en Estados Unidos se publicaron un total de 135.953¹⁵.

Como puede verse por lo hasta aquí expuesto, no se ha pretendido con este ensayo hacer un ex-

haustivo análisis del tema en cuestión, sino ubicar las ciencias sociales en el marco histórico de América Latina y precisar algunas tendencias de su quehacer a partir de su introducción en el medio universitario y su profesionalización. Indispensable subrayar el punto de la juventud de estas ciencias y el pasivo con el cual se inician en la investigación en el medio latinoamericano. Sólo así se puede entender que no son hoy todavía las ciencias sociales determinantes para la transformación de nuestros países, por cuanto sus resultados no alcanzan el nivel de las explicaciones generales que son propias de la ciencia. En otras palabras, no hemos llegado aún al descubrimiento de leyes mediante las cuales se explican los hechos y procesos particulares.

Notas

¹ BAGÚ, S. *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. México: Grijalbo, pp. 251-52. 1992.

² Ibid., p. 252.

³ PEREYRA, C. *Historia de la América española*. Madrid: Saturnino Calleja, 1924.

⁴ RAMOS, D. *Historia de la colonización española en América*. Madrid: Pegaso, 1947.

⁵ SIMONSEN, R. S. *História econômica do Brasil. 1500-1820*. Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1962, 4ª ed. (original, 1937).

⁶ GUERRA, R. *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Cultural, 1944, 3ª. Ed. (original, 1927).

⁷ WILLIAMS, E. *Capitalism and slavery*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1944.

⁸ GARCÍA, A. «Capitalismo y feudalismo en la América colonial indo-española», en *Ensayos sobre el proceso histórico latinoamericano*. México: Nuestro tiempo, 1979 (original, 1948).

⁹ BAGÚ, S. Op. Cit., p. 252.

¹⁰ Según Rostow las sociedades se pueden identificar «en sus dimensiones dentro de una de estas cinco categorías: la sociedad tradicional, las condiciones previas para el impulso inicial, el impulso inicial, la marcha hacia la madurez y la era del gran consumo de masa» (W.W. Rostow. *Las etapas del crecimiento económico*. México, FCE, 1961, p. 16).

¹¹ ECHAVARRÍA, J. *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1964.

¹² GARCÍA, A. *La estructura del atraso en América Latina*. Buenos Aires: Pleamar, 1969.

¹³ Sociólogos e historiadores europeos y norteamericanos no dejan de presentar en sus obras generalizaciones sobre la región, generalizaciones que, por supuesto, nos corresponde analizar críticamente.

¹⁴ S. Bagú, Op. Cit., p.253.

¹⁵ Datos tomados de *Progreso económico y social en América Latina. Informe 1988. Tema Especial: Ciencia y Tecnología*. Banco Interamericano de Desarrollo, Nueva York, 1988.

BIBLIOGRAFÍA

BAGÚ, S. *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. México: Grijalbo, 1992.

GARCÍA, A. «Capitalismo y feudalismo en la América colonial indo-española». En *Ensayos sobre el proceso histórico latinoamericano*. México: Nuestro tiempo, 1979 (original, 1948).

GARCÍA, A. *La estructura del atraso en América Latina*. Buenos Aires: Pleamar, 1969.

GUERRA, R. *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Cultural, 1944, 3ª. Ed. (original, 1927).

KAPLAN, M. *La formación del Estado nacional en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969.

MEDINA, J. *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1964.

PEREYRA, C. *Historia de la América española*. Madrid: Saturnino Calleja, 1924.

RAMOS, D. *Historia de la colonización española en América*. Madrid: Pegaso, 1947.

ROSTOW, W.W. *Las etapas del crecimiento económico*. México: FCE, 1961.

SIMONSEN, R. S. *História econômica do Brasil. 1500-1820*. Sao Paulo: Companhia Editora Nacional, 1962, 4ª ed. (original, 1937).

WILLIAMS, E. *Capitalism and slavery*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1944.

APROXIMACIÓN AL ENFOQUE TEÓRICO DE ANTONIO GARCÍA SOBRE AMÉRICA LATINA

Ni sociólogos ni historiadores colombianos se han ocupado de manera sistemática en el estudio de América Latina. En general, los que lo han hecho de manera circunstancial, en conexión con los problemas que estudian del país. El único que se interesó en el tema y produjo libros y ensayos al respecto fue Antonio García. Además, su interés fue temprano, al punto de que es uno de los primeros latinoamericanos en investigar sobre el pasado histórico de la región. Lo hace en su libro *Bases de la Economía Contemporánea* (1948), en un interesante capítulo titulado "Feudalismo y capitalismo en la América colonial española". Hasta entonces se habían escrito tan sólo algunas historias generales. Los trabajos de investigación sistemáticos empiezan con la obra pionera de Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, publicada en 1949. García ya había publicado un libro en 1946 sobre cooperativismo y economía latinoamericana. Es por lo tanto el iniciador de los estudios latinoamericanos en Colombia y el primero que aplica el método comparativo a dichos estudios, método que emplea Bagú y que después de 1965 se adoptará por una de las tendencias de la sociología histórica norteamericana como el propio de este tipo de investigaciones.

En *La estructura del atraso en América Latina* (1969), García elabora una interpretación propia que parte de diferenciar atraso y subdesarrollo: "atraso" —dice—, es una "noción estructural" y subdesarrollo es una noción convencional: la primera exige un conocimiento dialéctico de las sociedades atrasadas como un todo, la segunda se fundamenta en medidas de crecimiento de la renta real por habitante o de cualquier otro elemento utilizado como indicador estadístico de los grados de 'escaso o insuficiente' desarrollo" (p. 22). Critica esa noción de subdesarrollo por "mecanicista", es decir, construida sobre la idea de que el desarrollo "es un efecto inducido de ciertas innovaciones tecnológicas y de ciertas corrientes aceleradoras de la ecuación ahorro/inversión; y "fragmentaria", porque "se edifica sobre una concepción de la vida social como suma aritmética de compartimentos (económicos, políticos, culturales, éticos) que pueden aislarse a voluntad y que pueden ser tratados por partes" (p. 22). Se supone

en esta perspectiva que el desarrollo es "un proceso lineal de crecimiento económico, tal como se lo configura en los manuales tecnocráticos y cuantitativistas" (p. 22). La diferencia se ilustra con el ejemplo de las altas tasas de inversión o de ingreso real por habitante, en la Cuba prerrevolucionaria o la Venezuela actual, que no por ello dejan de ser países atrasados. Para García esta óptica sobre el desarrollo responde "a las necesidades de la potencia hegemónica" y no sirven para que los países latinoamericanos se desarrollen.

En el anterior enfoque recae en un punto que es reiterativo en su análisis: no es posible el desarrollo capitalista en América Latina por medio del Estado liberal, porque "la democracia liberal ha hecho crisis —por la gravitación política de las estructuras tradicionales de poder y por la incapacidad de autonomía de las clases medias— y el Estado liberal ha servido para resguardar la hegemonía de los grupos dominantes pero no para construir en América latina una sólida economía capitalista" (pp. 23-24). El liberalismo económico lo considera García una *ideología de colonización* en tanto ha servido para consolidar el poder de las clases dominantes y la dominación colonial, inglesa primero y ahora norteamericana.

Critica en general a quienes aplican conceptos y teorías surgidas en otros medios sin tener en cuenta que al ser trasladadas a nuestros países no tienen las mismas consecuencias, porque ignoran los valores que en ellos imperan. Tal sucede con el liberalismo, ideología burguesa contra la monarquía absoluta en Europa e ideología de las clases dominantes en América Latina; y con el comunismo, ideología de clases medias y de élites obreras en ésta y de "proletariado coherente, con tradición organizativa y con una 'inteligencia' capaz de trazar los rumbos universales de una nueva época" (p. 25) en Europa. Liberalismo y comunismo son para García "esquemas ideales o mitos sin autenticidad latinoamericana y sin anclajes en su experiencia histórica, en su presente y en su futuro" (p. 25). Sostiene que en donde se originaron tienen autenticidad, en cambio en esta parte del mundo no corresponden a su "experiencia vital" y les falta anclaje en su historia.

Se impone, pues, a su modo de ver, la necesidad de elaborar una "teoría del atraso" que debe ser "expresión de la capacidad reflexiva de la América latina frente a su propia experiencia histórica", lo cual exige "un enorme esfuerzo del pensamiento latinoamericano por comprender su propio universo" y una estrategia de desarrollo que no puede funcionar "sin profundos cambios estructurales, sin la "irrupción enérgica de nuevas clases dirigentes y sin una toma de conciencia de las confrontaciones y conflictos que dominan la escena mundial" (pp. 26-27). En consecuencia, como lo dirá más adelante, "el desarrollo de los países atrasados sólo puede ser obra de ellos mismos, de su facultad reflexiva, de su audacia teórica y de su inquebrantable capacidad de movilizarse en función de un objetivo nacional y latinoamericano" (p. 28).

En la escena contemporánea hay, según García, tres contradicciones fundamentales: "la primera, la que existe entre el elenco de naciones dominantes y el proletariado de países atrasados, de cualquier nivel histórico; la segunda, la que determina la confrontación dialéctica entre el sector socialista y el sector capitalista del mundo"; y la tercera, la que funciona entre las clases dominantes y las dominadas (burguesía/proletariado, oligarquía/fuerzas populares, etc.) en el seno de cada país" (p. 27).

En su esquema el Estado resulta la pieza maestra para el logro del desarrollo. Este debe disponer del "poder real" que permita sustituir "el sistema tradicional de conducción política por nuevas estructuras de participación popular" (p. 28). Además, debe ser intervencionista y crear su propio sector de la economía, no ser simplemente subsidiario de la economía privada. Desde el punto de vista de las clases dominantes, dice García, "El gran riesgo de todo proceso de estatización de la economía...es el de que el Estado tienda a nacionalizarse, a crear su propia personalidad histórica, emancipándose del sistema tradicional de hegemonía. Es esto justamente, lo que ha ocurrido en los procesos revolucionarios de México, Bolivia y Cuba y lo que por una vía populista y evolutiva, empezó a configurar los nuevos y frustrados fenómenos de capitalismo de Estado en Argentina, Uruguay y Chile" (p. 29).

La frustración de estos últimos dependió de la ambigüedad de las clases medias y de "su imagen populista". Los partidos y movimientos populistas "no alcanzaron a comprender la imposibilidad polí-

tica del desarrollo sin un Estado nacional fuerte y sin un orgánico y decisivo sector estatal de la economía, en un momento histórico en el que el capitalismo monopolista de Estado ha pasado a ser una forma normal de existencia del capitalismo desarrollado y en el que el crecimiento resulta la expresión de una estrategia global" (p. 29). Para García las clases dominantes de América Latina y de los Estados Unidos (tanto los republicanos como los demócratas) se pronuncian "irreductiblemente, contra la iniciativa y las posibilidades de un Estado nacional fuerte", lo cual "demuestra que su objetivo no es el desarrollo latinoamericano sino la hegemonía de esa potencia y de esas clases" (p. 29).

En últimas, el problema del desarrollo como una estrategia global, para él no está ligado a "ninguna 'Escuela', a ninguna tendencia teórica, a ninguna ideología formal de partido, sino a la praxis de la revolución nacional en América latina" (p. 30). Empieza con la experiencia de la revolución mexicana, que puso en práctica esa estrategia global de movilización. Lo mismo intentó más tarde la revolución boliviana, pero por varios motivos perdió el impulso.

Define el **atraso** como una "hipótesis fundamental" que sustenta que "el atraso es una estructura que articula y comprende todas las esferas de la vida social de los países atrasados y que, en consecuencia, funciona y se regula por su propia dinámica. De allí que insista en el concepto de que el atraso es un sistema de reacción en cadena, cuyo funcionamiento negativo compromete a la totalidad del ser social y se propaga a los diversos sectores de su vida —económicos, políticos, culturales, ideológicos, etc.— tendiendo a desencadenar lo que ha llamado Gunnar Myrdal 'procesos de acumulación circular acumulativa'" (p. 32).

Se sitúa así en la perspectiva interna de análisis, ineludible, según él, para poder descubrir los "factores estructurales del atraso", ya que debe haber "una aguda penetración en los procesos históricos de los países latinoamericanos —en su experiencia vital— y reconocer conceptualmente esos procesos mediante la perspectiva interna. Insiste en la autenticidad, su término clave: la teoría del atraso "sólo puede ser producto de una *óptica auténticamente latinoamericana* y parte integrante de una teoría general sobre el ser histórico de América latina" (p. 32). Es la única alternativa que ve como real a la coloni-

zación ideológica: el ubicarse desde dentro, ateniéndose a la historia, centrándose en lo que llama la "experiencia vital" (concepto de Ortega y Gasset), lo que está en la base, en la vida misma de los latinoamericanos.

En tanto el atraso es una estructura y opera como sistema de reacción en cadena, su diferencia es radical con la noción de subdesarrollo, ya que atraso significa que los países sí crecen pero no pueden tener un desarrollo sostenido, en cambio subdesarrollo es "un estadio de los países en su tránsito normal hacia formas más elevadas de utilización de sus recursos, dentro del marco de un proceso universal de racionalización de la vida económica y con objeto de lograr una metas formales o niveles de crecimiento lineal de su economía" (pp. 32-33).

García analiza el contexto externo sobre la base de la bipolaridad de entonces (1969) y señala las posibilidades de acción que en él se puede lograr por los países pequeños; cree que las manifestaciones del poder negro en los Estados Unidos y las presiones del pueblo ruso, "han abierto el camino al policentrismo", que abre la posibilidad de que "todos los pueblos del mundo participen en la conformación democrática de un nuevo sistema de poder mundial" (p. 34). Cree que estos factores favorecen a los países atrasados pero, de todos modos, no hay que olvidar que "el desarrollo de los países atrasados será obra de ellos mismos" (p. 34).

En el capítulo sobre la "Perspectiva histórica de la problemática del atraso", empieza por señalar que el problema del atraso se plantea cuando la sociedad tradicional entra en crisis porque no puede resolver los problemas del desarrollo nacional que exige "profundos cambios estructurales". En el momento de la separación de España se produce, entonces, la primera "frustración", por cuanto "las nuevas repúblicas latinoamericanas salidas de las guerras de independencia, sólo proyectaron las ideas y las aspiraciones de las élites sociales que sustituyeron a los agentes de la corona española en el ejercicio del poder" (p. 36) y esas guerras de independencia se frustraron porque no constituyeron una "revolución social" sino la reafirmación de las viejas estructuras, consolidándose así "El modelo hispanoamericano de república señorial- esto es, la república constituida de acuerdo a los esquemas tradicionales de una aristocracia de la tierra, una burguesía nutrida en los privilegios comerciales, una inteligencia

letrada y una masa de color 'quebrado', sin rango ni status ciudadano". La ideología que amparó este empalme histórico entre colonia y república, fue el liberalismo, ya que se impuso la teoría del "respeto al derecho adquirido con justo título" (pp. 36-37). A este hecho atribuye García la consolidación del sistema legal de la colonia, su organización social y económica, sus anclajes y sus instituciones y "Pese a la retórica revolucionaria de las constituciones, la 'representación popular' sólo podía ser un juego del patriciado y de sus clientelas intelectuales, militares y burocráticas. El secreto de la estructura política consistía en que no admitía a los pueblos de negros, mestizos e indios en este juego institucional y en que absorbía e incorporaba a sus engranajes sociales a los grupos de letrados, militares y políticos, que lograban escalar los muros de la fortaleza" (p. 37). El ejemplo de aplicación de este principio fue el hecho de que para liberar a los esclavos se crearon cajas públicas de desamortización.

Por otra parte, en lo que hace a los derechos electorales "la 'representación popular' sólo podía ser un juego del patriciado y de sus clientelas intelectuales, militares y burocráticas", que ya dejaba por fuera a la masa de negros, mestizos e indios y cooptaba a los grupos letrados, militares y políticos que ascendían a la élite. Paradigma de este modelo político fueron "el *tipo portaliano* de república señorial en Chile, o el *mantuano* de Caracas o los imperios en Brasil o en México (Iturbide)" (pp. 37-38).

Según García la integración de América latina al mercado mundial se hizo mediante una estructura colonial de intercambio, una "modalidad colonialista de la división internacional del trabajo", integración que fue aceptada por las clases dominantes. Los elementos modernizantes del capitalismo "no tocaron ninguna de las venerables estructuras de la sociedad tradicional y antes bien la enriquecieron y la estabilizaron" (p. 38). Las "nuevas burguesías" se adecuaron a esta situación, se asimilaron. Quiere decir para García, en otras palabras, que no emprendieron ninguna acción que rompiera el esquema tradicional; con base en esta asimilación define la segunda mitad del siglo XIX como aquella en la se fragó una "imagen de la América Latina 'independiente': estructura social rígida, polarizada en extremo —muy cerrada y coherente arriba, muy arenosa y suelta abajo- coronada en la cima, por una aristocracia latifundista y una conservadora burgue-

sía de comerciantes partícipe del status tradicional de privilegio” (p. 39). Considera que se configura un “Estado absolutista” recubierto por los principios liberales, como un “Estado representativo” que se fundamenta en “la guardia pretoriana (los ejércitos nacionales son una creación del siglo XX) , la clase media burocrática” (p. 39). Se adoptó el credo de Adan Smith y se volvió dogma la idea de la división internacional del trabajo que implicaba para nuestros países ser exportador de materias primas e importador de manufacturas.

En síntesis, se da la coexistencia entre: a) viejas estructuras y nuevas fuerzas sociales, b) tradición de privilegio y nuevas pautas racionalistas y c) Estado absolutista y personal y formas equívocas del liberalismo económico y ‘libre-empresista’.

Se consolidó el sistema de dependencia extranjera: América latina exportadora de materias primas y alimentos e importadora de manufacturas, “Esto no exigía ningún cambio en la estructura de la sociedad latinoamericana” (p. 40).

Pero, en últimas, considera que las normas jurídicas del liberalismo fueron las que “hicieron posible la conservación de las viejas estructuras coloniales dentro de una República salida, no de los comicios, sino de la revolución armada” (p. 41). En la medida en que se hacían cumplir estrictamente las normas del justo título la aristocracia terrateniente pudo mantener todos sus privilegios.

El problema del atraso no se vinculó, dice García, a la permanencia de la estructura colonial y se creyó que el progreso se alcanzaría por la vía del acercamiento al tipo de los países avanzados (pone como ejemplo la divisa de Sarmiento: poblar y educar). A mediados de siglo aparece una generación que, según el autor, fue la primera que se planteó “la necesidad de cambios estructurales como requisito del progreso”. En esta generación radica García la primera etapa conceptual en la formulación de una problemática de fondo de la sociedad latinoamericana, lo que para él equivale a encontrar una filiación a su propio planteamiento. Esos primeros intelectuales los llama *filósofos sociales*; luego vienen, después de la Primera Guerra Mundial, los *teóricos sociales* “con la envergadura necesaria para integrar los enfoques económicos, políticos, sociológicos y culturales en busca de una perspectiva latinoamericana” y los *especialistas de quantum* “dispersos en las

múltiples y fraccionadas vías del conocimiento milimétrico y que enfoca la sociedad como un enmarañado mecanismo de universos independientes, de compartimientos estancos o células que reclaman su propia autonomía microcósmica”(p. 42).

Sustenta que la introducción de la tecnología ganadera en el cono sur indujo un cambio fundamental en el siglo XIX en la producción que aparejó la ocupación masiva de la pampa por los inmigrantes europeos. Esto debía haber modificado la estructura social, su “remoción” por vía directa, pero no fue así; más bien se siguió una vía “indirecta de su encubrimiento o de rebasamiento”; por los reformistas, ideólogos como Rodó y González Prada y por los políticos, como Batlle Ordóñez e Irigoyen. El impulso venido de afuera, dice García, produjo “una dinámica de integración hacia adentro. Soldando regiones antes herméticas y cerradas, modificando la fisonomía geográfica de archipiélago...estimulando la poderosa expansión urbana, la formación de nuevas clases y la modernización institucional”(pp. 43-44). Contribuyó la inmigración. Se construyeron los primeros ferrocarriles, pero el progreso se desataba, como una corriente alimentada desde fuera, a través de las vías de exportación, de las aduanas, de las ciudades portuarias, de los bancos”; se “reforzó la estructura colonial” (p. 45).

Para García el cambio en las fuerzas productivas provocada por la transformación tecnológica debía causar un cambio radical en la estructura social, sin embargo esto no sucede debido a la ideología reformista imperante en la época. En todo caso hay una “imagen de progreso” que llega con el capital extranjero, ligada a la red de ferrocarriles, financiados por extranjeros y en función de las metrópolis. El efecto fue la balcanización económica, en la medida en que cada país se relacionaba con el exterior por separado. Señala una diferencia en el vínculo al mercado mundial entre los países del cono sur, en los que se acentuó dicho vínculo en las últimas décadas del siglo XIX y el de los países andinos, que se quedaron en el esquema de la época de la independencia, exportando productos como cortezas, palos tintóreos, maderas, azúcar, cacao, etc., Se produjo entonces una diferenciación cultural y política: en el Sur la ganadería selectiva, el frigorífico, el sistema occidental de partidos “y la sociología como forma específica de conocimiento social” traída por los movimientos migratorios europeos: Marx,

Engels, Labriola, Ferri. (pp. 45-46). También en este aspecto, dice, se da una polarización: sociología marxista en Argentina y comteana en el norte de América Latina “como esquema oficializado de países con estructura latifundista señorial y despotismos más o menos iletrados (el de Porfirio Díaz en México, el de Juan Vicente Gómez en Venezuela o el de Augusto Leguía en el Perú)”, (p. 46).

La modernización por encima de las estructuras la llama García “modernización parenteral” y dice que por su ancha vía “afloraron los movimientos populistas de clases medias, los partidos socialdemócratas y los esfuerzos teóricos que parecían concentrar el impulso original del ‘nuevo mundo’, con José Ingenieros, José Enrique Rodó, Juan B. Justo, Manuel Ugarte, Carlos Arturo Torres” (p. 46). La reforma universitaria se planteó “la cuestión trascendente de su rol en la creación de un nuevo tipo de vida política y de cultura y en la formación de cuadros profesionales para conducir y dinamizar el proceso” (p. 47).

Fue esta modernización una coyuntura excepcional, dice García, que se frustró. La América Latina se incorporó a una estructura colonialista del ‘mercado mundial’ y se subordinó a la cultura que venía de fuera: “Los dos factores claves que definieron esta coyuntura de frustración, fueron la alienación de las clases dominantes (enajenando su capacidad ideológica de elaborar una nueva imagen de su experiencia y del mundo) y la aceptación por las nuevas clases (clases medias y nueva burguesía) de las reglas institucionales del juego de la sociedad tradicional” (p. 47). El reformismo en lo social y lo político era una forma de no asumir la responsabilidad de cambiar el sistema tradicional de poder.

Contrasta la “vía institucional y parlamentaria” de Argentina, Uruguay y Chile con la “vía revolucionaria” de los movimientos agraristas en el México de 1910. En los tres países hubo reformismo social, libertades e institucionalización del conflicto de clases, modernización, pero no se fracturaron las estructuras tradicionales. Se instituyó una especie de “pacto social”, que también será proclamado por Haya de la Torre y Rómulo Betancourt, pacto que en el fondo es conservador. Dentro de este esquema los partidos revolucionarios se integraron al sistema electoral y se convirtieron en “partidos revolucionarios de tipo convencional”: “aquel que puede hablar libremente de la revolución con la condición esencial

de que no tenga la intención de organizarse para hacerlo” (p. 50).

Cincuenta años después del estallido de 1910, le parece a García que hay clara ventaja de un México moderno “cuya dinámica de crecimiento es más fuerte que los problemas de integración y miseria rural” frente a las naciones australes que “se debaten en una crisis de estagnación” que, a pesar de haber creado un marco institucional como muro para los conflictos sociales, la movilización de masas y el reformismo desencadenaron los golpes militares que restablecieron la hegemonía de la viejas clases (p. 51) Uriburu y Carlos Ibáñez).

Los partidos de clases medias eran reformistas y populistas. Y estas clases medias se escindieron y no cambiaron nada de fondo. No crearon un Estado nacional, palanca del desarrollo e integrador de las masas campesinas al “sistema nacional de vida”. Según García “siguieron coexistiendo la ‘república populista’ y la ‘inmersión campesina’, la ilusión del Estado de derecho y la jerarquización tradicional fundamentada en las antiguas ideologías de rango social y privilegio” (p. 54). Ahora bien, lo esencial para García, fue que no se formó “una verdadera burguesía nacional en América Latina...capaz de acaudillar...una audaz masiva y enérgica operación de desarrollo”. No lo hizo porque al ganarse la guerra de independencia la burguesía se insertó en la clase alta. No tuvo que pelear contra el feudalismo, como en Europa, ni contra el colonialismo, como en Egipto o Argelia. Esta alienación se siguió presentando a lo largo del siglo XIX y luego en el XX: las nuevas clases se enriquecieron pero no pudieron ser “nacionales”, es decir, no pudieron comprender el cambio como un proceso nacional. En consecuencia, para García, “la revolución nacional es el punto clave en el nuevo enfoque de cualquier proyecto de vida, al que corresponde y al que expresa una política de desarrollo. Sin ese marco estratégico constituido por “el proyecto nacional de vida” (Estado nacional, estructura nacional de clases, sistema nacional de mercado, tipo nacional de cultura y de ethos) no tiene sentido una línea o una política de desarrollo” (p. 58). El problema de América Latina se sintetiza en que las clases altas carecen de un “proyecto nacional de vida, el proletariado industrial ha sido adiestrado políticamente en nociones distribucionistas y la *inteligencia* “ha hecho una formulación puramente tecnocrática del problema del

desarrollo económico" (p. 58).

En México se realizó la "primera revolución nacional" que puso en marcha "las fuerzas impulsoras de la *integración nacional y el desarrollo desde adentro*" (p. 59). García opone este modelo que define como "cambio revolucionario de estructuras y... un impulso de abajo y de adentro" al de Argentina, "basado en la teoría del cambio político, por la vía del regateo institucional, la renuncia a las presiones revolucionarias y *el impulso de arriba y de afuera*" (en el caso de la Argentina se presentó una doble alineación ideológica, la de las clases altas frente a las posibilidades del desarrollo nacional y la del proletariado a la versión racionalista y europea del marxismo, a lo que se suma la tendencia distribucionista y populista de las clases medias). La revolución mexicana, a su vez, no se frustró, porque conquistó cuatro objetivos trascendentales: "la fractura irreversible del viejo sistema de haciendas y peones encasillados; la incorporación de las masas campesinas a la vida nacional; la transformación del Estado en la estructura básica de promoción y conducción del desarrollo, y la sustitución de la hegemonía de la inversión extranjera por el principio dinámico del esfuerzo nacional" (p. 61)

Precisa que el liberalismo económico alienó a las nuevas clases y las sometió a la metrópoli. Llegó, dice, no como una "ideología creadora" sino como una "superstición". Fue una ideología europea del capitalismo que coexistió en las clases altas "con la carencia de una ideología capitalista en la sociedad latinoamericana, adherida aún a la antigua ideología del hombre medieval de Occidente (noción señorial de la tierra, de los valores, de la riqueza y el trabajo)" (p. 69). Al liberalismo importado "también se articuló y superpuso el *absolutismo político tradicional* (noción de los privilegios y de los fueros)" (p. 59). Dice García que el Estado políticamente absolutista "(personal, señorial, institucional, oligárquico)" es apto para las funciones administrativas y represivas pero no para la gestión de empresa, ni la planeación ni el servicio asistencial. Allí es donde opera el liberalismo económico, amparando las carencias del Estado. Resume su idea en "la fórmula maestra de *absolutismo político y liberalismo económico*" (p. 71). El absolutismo político afirma García proyecta "las exigencias y la ideología de la estructura tradicional de poder" (p. 72).

Sintetiza "las cuatro más grandes frustraciones

de la América Latina: *la del Estado nacional* como centro impulsor y orientador del esfuerzo interno, del progreso social y del desarrollo económico, *la de la integración nacional*, como requisito de un nuevo tipo de cultura, de ethos y de Estado con autenticidad democrática; *la de la integración latinoamericana*, como condición insustituible no sólo de un nuevo mercado de masas sino de una nueva posición en el mundo; y *la de la revolución industrial*, como forma de inserción de la nueva cultura a la sociedad latinoamericana, dotándola de instrumentos indispensables para movilizar plenamente sus recursos en función de sus propios proyectos o ideales de vida" (pp. 76-77).

Hasta aquí tenemos una perspectiva de lo sustancial del modelo teórico de Antonio García sobre América Latina, cuyo análisis no pretendemos agotar. En lo fundamental, habría que decir que, pese a su indudable importancia como esfuerzo de reflexión sobre América Latina, no se constituyó en un trabajo de referencia en los medios académicos de la región. Y compartió la suerte de otras interpretaciones generales, elaboradas por la misma época, como la de Germani y la de Cardoso y Faletto (la teoría de la dependencia), que tienen aportes indudables pero que no son modelos que puedan hoy utilizarse para interpretar la realidad latinoamericana como un todo.

Tampoco pretendemos hacer una crítica exhaustiva de este modelo teórico. Nos limitamos a hacer unas breves observaciones:

1-Lo más difícil de confrontar empíricamente es el concepto de atraso: el "atraso" es una estructura con núcleo coordinador y dinámica propia, no es una etapa de tránsito o un nivel cultural, es una **totalidad**: interdependencia y mutua causalidad entre factores estructurales económicos, sociales, culturales y políticos, es la **negación** "de las posibilidades de desarrollo autosostenido, armónico e integrado a las facultades voluntaristas (subjetivas) de autodeterminación nacional". Su dinamismo negativo origina un sistema invertido de reacción en cadena que propaga factores multiplicadores del atraso (García da varios ejemplos). El esquema resultante es el de dos esferas contrapuestas, de lo que existe actualmente y de lo que debería ser. El cambio de la una a la otra dependerá de la toma de conciencia de las clases sociales, de su papel en la transformación de la sociedad:

Situación actual

Dos grandes estructuras de dominación: la **imperialista** y la de las **clases dominantes** latinoamericanas, que originan un proceso que anula, frena, disloca o desarticula las tendencias de crecimiento (según esta definición, la “estructura del atraso” sería la del crecimiento desarticulado).

El efecto político de esta situación: el Estado no ha podido transformarse en un “centro de decisiones desde dentro”, enfrentándose al sistema tradicional de poder o a la superestructura extranjera de decisiones. La debilidad del Estado es **orgánica** y **financiera**. Es una expresión **pura y simple** de dependencia.

Situación ideal

Crecimiento integrado, coherente, dinámico y **conducido desde adentro**. Se realiza si las clases dirigentes rompen la dinámica del proceso, o si las fuerzas identificadas con el cambio tienen conciencia, organización y decisión de poder para romper esa dinámica.

Única salida. La **revolución**, sea desde arriba (dirigentes) o desde abajo (fuerzas identificadas con el cambio).

2- No está precisado conceptualmente lo que llama García “Sociedad tradicional”. Al parecer corresponde a la idea de “estructura colonial de la sociedad latinoamericana”, que en el siglo XIX está en desajuste con “las nuevas formas históricas aparecidas en el proceso de *integración al mercado mundial* (subrayado por García) a partir de las guerras de Independencia”. Al respecto dice que “las nuevas fuerzas sociales, las nuevas clases, los nuevos factores de cambio tecnológico aparecidos en ese lento e irregular proceso de integración al mercado metropolitano (antes de efectuarse la integración del mercado interno), provocaron sacudimientos y conmociones pero fueron *asimilados* por la sociedad tradicional” (pp. 35-36). Pero estos tres elementos: nuevas fuerzas sociales, nuevas clases sociales y nuevos factores de cambio tecnológico no tienen un referente empírico identificable que pruebe su asimilación a la sociedad tradicional. Es un juego de todo o nada: o esos tres elementos originan un cambio radical, la revolución, o son absorbidos por la sociedad tradicional. Lo cierto es que ellos pro-

dujeron, sin duda alguna, cambios en la realidad latinoamericana en el período que señala García, pero su enfoque no permite penetrar en esa zona intermedia no contemplada en el juego de todo o nada, zona que también es objeto de análisis por la sociología.

3-García plantea que la Independencia **debía** haber culminado en una revolución social, que la **‘sociedad colonial’** quedó **incólume después de 1810** y que los dirigentes de aquel período **debían** imponer el sufragio universal y no lo hicieron. En este juicio, por una parte, el eje central es el **deber ser** (que aparece del mismo modo en otros momentos históricos, en las llamadas “frustraciones”), no el análisis de lo que pasó en sus reales consecuencias y, por la otra, se niega toda fluidez al proceso social interno, considerando como estática la estructura social.

4- En 1969, fecha de la publicación de *La estructura del atraso en América Latina* llevaba ya más de dos décadas el proceso de transformación inducido por la revolución científica y técnica en la economía, en la política en la cultura mundial, con los países industrializados a la vanguardia. Una nueva era, en la que entró América Latina, con grandes desventajas, con una considerable “brecha tecnológica”, pero de cuyos efectos en nuestros países no se dice una palabra en este libro. Es evidente que su modelo, igual que el de Germani y el de Cardoso y Faletto, se mantiene en el marco de la revolución industrial, vigente, por supuesto, de manera predominante en la región, pero no tiene en cuenta que, después de los años de 1950, ésta se modifica al ritmo de una creciente penetración de las tecnologías propias de la nueva etapa de la revolución científica y técnica.

5- Por último, una observación de método: aunque García se define como no marxista es evidente la influencia de Marx en esta obra. El concepto de “crecimiento” es semejante, o podría fundamentarse en la noción de “desarrollo de las fuerzas productivas” de Marx. Y la transformación de la sociedad se produce por la contradicción entre las clases sociales: al poder político, al Estado, se accede por la lucha entre las clases.

Notas

¹ En adelante, todas las citas de páginas corresponden a *La estructura del atraso en América Latina*.

² El libro lo escribe en 1969.

Bibliografía

GARCÍA, Antonio. *La estructura del atraso en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1969.

CUADERNOS DEL CES

Títulos publicados

- No. 1. JIMENO, Myriam. *Elementos para un debate sobre la Compresión de la Violencia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Mayo de 2003.
- No. 2. FALS B, Orlando. *Posibilidad y necesidad de un Socialismo Autóctono en Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Septiembre de 2003.
- No. 3. NEIRA F, Carmen. *La Ciudad en la Poesía Colombiana Actual*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Noviembre de 2003.
- No. 4. PATIÑO Rosselli, Carlos. *Aspectos del Lenguaje en Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Febrero de 2004.
- No. 5. ARANGO, Luz Gabriela. *Mujeres, Trabajo y Tecnología en Tiempos Globalizados*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Junio de 2004.
- No. 6. JARAMILLO Uribe, Jaime. *El Problema de la Causalidad en las Ciencias Sociales*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Agosto de 2004.
- ECHEVERRI Ángel, Ligia. *La Familia en Colombia. Transformaciones y Prospectiva*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Agosto de 2004.
- No. 7. THOMAS, Florence. *Seis Propuestas para una Cultura de Paz desde una Nueva Ética del Amor*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Octubre de 2004.
- DOMÍNGUEZ Blanco, Maria Elvia. *Mujeres en el desarrollo: Políticas de presentación en La gestión local*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Octubre de 2004.
- No. 8. JIMENO, Myriam. *Los límites de la libertad. Ideología política y violencia en los radicales colombianos*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Febrero de 2005.
- No. 9. ABOUCHAAR, Alberto. *The Recent Discourse of Teacher Education at the Universidad Nacional de Colombia: A Deconstructive Discourse Analysis (DDA)*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Abril de 2005.
- ABOUCHAAR, Alberto. & MOYA, Sindy. *Dominio de la Lengua Española entre estudiantes de grado quinto en la Isla de Providencia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Abril de 2005.
- No.10. SÁENZ, Javier. *Las estrategias pedagógicas de los tres últimos gobiernos de Bogotá para formar ciudadanos por fuera de la escuela..* Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Mayo de 2005.
- No.11. QUIÑONES, Yago. *Individualismo Metodológico, globalización, democracia y poder*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Julio de 2005.
- No.12. PÉREZ, Héser Eduardo. *Consideraciones acerca de la investigación en ciencias sociales en América Latina y la revolución científica y técnica*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Septiembre de 2005.
- _____ *Aproximación al enfoque teórico de Antonio García sobre América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Septiembre de 2005.

LIBROS COLECCIÓN CES

- AGUIRRE, Eduardo y DURÁN, Ernesto. *Socialización: Prácticas de crianza y cuidado de la salud*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- AMAYA, José A. y RESTREPO, Olga. (eds.). *Ciencia y representación*. Santafé de Bogotá: Programa Universitario de Investigación en Ciencia, Tecnología y Cultura, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1997.
- ARANGO, Luz G. y LÓPEZ, Carmen. (comp.). *Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- ARANGO, Luz G. et al. *Mujeres, hombres y cambio social*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- ARANGO, Luz G. (comp.). *La crisis socio-política colombiana: Un análisis no coyuntural de la coyuntura*. Santafé de Bogotá: Observatorio Socio-Político y Cultural, Fundación Social, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1997.
- ARCHILA, Mauricio y PARDO, Mauricio. (eds.). *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*. Bogotá: ICANH, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- AROCHA, Jaime. (Comp.). *Utopía para los excluidos. El multiculturalismo en África y en América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- _____. *Obligados de Ananse*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- AROCHA, Jaime, CUBIDES, Fernando y JIMENO, Myriam. (comp.). *Las violencias: Inclusión creciente*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- CUBIDES, Fernando, DOMÍNGUEZ, Camilo. (eds.). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Observatorio Socio-Político y Cultural, Centro de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Ministerio del Interior, 1999.
- CUBIDES, Fernando, OLAYA, Ana C. y ORTIZ, Carlos M. *La violencia y el municipio colombiano 1980-1997*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- FIGUEROA, Mario y SANMIGUEL, Pío E. *¿Mestizo yo?* Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- GONZÁLEZ, Jorge E. *Legitimidad y Cultura*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- GROS, Christian. *Políticas de la Etnicidad: Identidad, estado y modernidad*. Bogotá: ICANH, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- LAGUADO, Arturo. (ed.). *La política social desde la constitución de 1991. ¿Una década perdida?* Observatorio de Política Social y Calidad de Vida de la División de Extensión, Centro de Investigaciones para el Desarrollo de la Facultad de Ciencias Económicas. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- MARTÍN, Jesús, LÓPEZ de la Roche, Fabio y ROBLEDO, Ángela. (eds.). *Cultura y región*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.

- MARTÍN, Jesús y LÓPEZ de la Roche, Fabio. (eds.). *Cultura, medios y sociedad*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- MARTÍN, Jesús, LÓPEZ de la Roche, Fabio y JARAMILLO, Jaime Eduardo. (eds.). *Cultura y globalización*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- MEERTENS, Donny. *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- MOSQUERA, Claudia, PARDO, Mauricio y HOFFMANN, Odile. *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias. 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativo, Instituto de Investigación para el Desarrollo, 2001.
- OBREGÓN, Diana. (ed.). *Culturas científicas y saberes locales*. Bogotá: Programa Universitario de Investigación en Ciencia y Tecnología, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- RESTREPO, Estela. (comp.). *La Universidad Nacional en el Siglo XIX*. Documentos para su Historia. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- RESTREPO, Gabriel, JARAMILLO, Jaime Eduardo y ARANGO, Luz Gabriela. (eds.). *Cultura, Política y Modernidad*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- ROBLEDO, Ángela I. y PUYANA, Yolanda. (comp.). *Ética: Masculinidades y feminidades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- SÁENZ, Eduardo. *La Conexión Cubana. Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba entre los años 20 y comienzos de la Revolución*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- SANABRIA, Fabián. *La Virgen se sigue apareciendo. Un estudio antropológico*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- VIVEROS, Mara. *De quebradores y cumplidores*. Bogotá: Fundación Ford; Profamilia Colombia; Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- VIVEROS, Mara, OLAVARIA, José y FULLER, Norma. *Hombres e identidades de género*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- VIVEROS, Mara y GARAY, Gloria. (comp.). *Cuerpos, diferencias y desigualdades*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

¿Dónde obtener las publicaciones del CES?

Las publicaciones del CES se pueden conseguir en **LIBRERÍA UNIBIBLOS**, dirunibiblo_bog@unal.edu.co, teléfonos 3161297 / 3165000 Ext. 19649, Torre de Enfermería, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá o en Siglo del Hombre Editores, Carrera 32 No. 25-46 teléfonos: 3377700 Fax: 3377665.